

Agronegocio, ganadería y malnutrición.

Desigualdades sociales y consumo de carne.

Luis E. Blacha (IESCT-UNQ/CONICET)

Nahuel Barrios (Dto. Cs.Sociales-UNQ)

1.- Introducción

En Argentina desde mediados de la década de 1990 se inicia un período de fuerte expansión del área sembrada que va a trasladar a las actividades ganaderas hacia ámbitos extra-pampeanos. Este proceso continúa hasta la actualidad e involucra el desplazamiento de 5 millones de hectáreas con destino a la agricultura, que se fundamenta en el incremento sostenido de la productividad de algunos cultivos a partir de una matriz tecnológica que combina semillas transgénicas, fertilizantes, pesticidas y mecanización. Estos cambios en el modelo productivo afectan un elemento central de la dieta argentina: la carne vacuna. El objetivo de este trabajo es indagar cómo las transformaciones que resultan de la implementación del modelo de agronegocios impactan en la calidad nutricional de los alimentos. Para llevar adelante esta propuesta se analizará la producción y el consumo de carne vacuna en el país como un indicador de desigualdad social por su impacto en el acceso a nutrientes críticos, utilizando como fuentes a los informes del IPCVA, ENGHo, ENNyS, ENFR, CICIPES, GAPA y CICCRA.¹

La fertilidad diferencial de la región pampeana ha permitido alternar entre ciclos agrícolas y ganaderos, de acuerdo a la variaciones de precios en el mercado mundial. A partir de un conjunto de prácticas -económicas, sociales, políticas y culturales- y ya desde finales del siglo XIX, es posible aprovechar esta flexibilidad que caracteriza a estas tierras. Sin embargo, las transformaciones que implementa el modelo de agronegocios desde mediados de la década de 1990, con la expansión sojera, llevan a cambios muy significativos en el mundo rural que van a fundamentarse en los saltos productivos de la agricultura. El objetivo no es sólo satisfacer las demandas del mercado mundial sino una tasa de retorno de la inversión que resulta muy atractiva para el capital financiero; especialmente porque con el monocultivo de soja pueden obtenerse hasta 2 campañas por año, demandando menos inversión y mayores

¹ Ver glosario al final del trabajo.

ganancias. En contrapartida, la ganadería bovina va a exigir ciclos mucho más largos que tienen costos fijos más elevados. La producción ganadera necesita de por lo menos 2 años hasta que los vacunos alcanzan un peso con valor comercial y este menor rendimiento lleva a que se realice en tierras con menor fertilidad y en el menor espacio posible. Es así como el modelo de feed-lot permite explicar de qué manera la producción ganadera mantiene cierta estabilidad aún cuando hay una agriculturización de la región pampeana.

Esta supremacía de la agricultura sobre la ganadería de la que es testigo la Argentina a finales del siglo XX también se refleja en los abordajes realizados desde los estudios sociales del mundo rural. Es así como los análisis sociológicos, históricos y hasta geográficos prestaron mayor atención al “boom sojero” que a las transformaciones de la producción ganadera del feed-lot. Se trata de un hecho significativo en tanto hay muchos puntos de contacto entre el avance de la frontera agrícola y los cambios en la producción ganadera, porque involucran factores ambientales, económicos y, en especial, sociales, compartidos. El modelo de agronegocios y la implementación de las políticas neoliberales a finales del siglo XX llevan a una ruptura de los lazos sociales que conforman la dieta de los argentinos y que convierte el acceso a nutrientes críticos en un factor de desigualdad social.

Lo paradójico del caso argentino es que estas nuevas formas del hambre se presentan en un escenario donde el punto de partida de su transición nutricional es distinto al de otros países de la región. (Popkin et. al, 2019) Hay un patrón alimentario unificado que permite reconocer una estabilidad de lazo social en la conformación de la dieta, que se romperá durante la década de 1990. (Aguirre, 2004) Si bien todos los actores no comían lo mismo, es posible identificar una oferta alimentaria capaz de acceder a proteínas de alto valor biológico sustentado en un consumo per cápita de carne vacuna que estaba entre los más altos del mundo. El origen de estos cambios en la conformación de la dieta pueden rastrearse, entre otros factores como la mayor incidencia de las empresas transnacionales de alimentos, en el desplazamiento de la hacienda que se inicia en la década de 1990 que conlleva un descenso del 9,5% en el stock ganadero. Es un período que va a presentar particularidades, donde las provincias que más animales pierden son: San Luis (-16,1%), Córdoba (-14,0%), La Pampa (-13,2%), Buenos Aires (-13,1%) y Entre Ríos (-12,3%). Mientras en Formosa, Corrientes y Santa Fe este descenso es mucho menor (IPCVA, 2006, p. 25).

Si bien estos cambios van acompañados por una mayor extensión de la producción agrícola, en especial de oleaginosas, la composición de la dieta argentina

se trastoca. Estos cambios no impactan de la misma manera para todos los sectores sociales y comienza a consolidarse una tendencia donde hay una mayor presencia de los carbohidratos simples a medida que se reducen los ingresos. (ENNyS, 2007) En esta coyuntura, el rol social que ocupa la carne en la dieta de los argentinos comienza a ser reemplazado por productos cárnicos semielaborados -embutidos, hamburguesas, chacinados, etc. Son alimentos procesados y ultraprocesados según la clasificación NOVA que remiten a una degradación en la cantidad de nutrientes que contienen. La conformación de la dieta se convierte en un factor de desigualdad social, aún en un país que se muestra ante el mundo como un productor muy eficiente de bienes primarios agropecuarios. El elevado consumo per cápita de kcal, superior a la media mundial, no logra asegurar el acceso a nutrientes recomendado por los organismos especializados (SAN, FAO, OMS). La producción y el consumo de carne vacuna se convierten en indicadores válidos para reconstruir el impacto de la malnutrición en la Argentina del siglo XXI.

2.- El agronegocio más allá de la agriculturización

Desde la consolidación del Estado Nación en la Argentina (1880), la producción ganadera ha sido una fuente de riqueza y prestigio social. En especial, para los invernadores vinculados al comercio de exportación desde los inicios del siglo XX, que se agrupaban en la Sociedad Rural Argentina fundada en 1866. Es posible rastrear los orígenes de las primeras formas de producir en el mundo rural, en la estancia colonial del período cercano a 1750. (Giberti, 1981, p. 14) Es un proceso histórico que involucra importantes transformaciones tanto en los animales como el procesamiento de sus carnes. Tanto el saladero como el frigorífico apuntan a un tipo específico de organización de la producción e involucran a ciertas razas bovinas, mejoradas -en el caso del frigorífico- a partir del refinamiento de su pedigree. Un proceso que cobra importancia a finales del siglo XIX para adaptarse a las demandas tecnológicas del congelado, primero, y del enfriado desde 1902. Se trata de un conjunto de transformaciones que están en sintonía con las demandas cárnicas del mercado mundial, cuyos "saldos no exportables" -en tiempos de crisis- van a comercializarse en el ámbito interno, como ocurre, por ejemplo, al finalizar la Primera Guerra Mundial.

A pesar de la importancia económica de la producción ganadera en la historia Argentina, los estudios de las ciencias sociales se centraron más en la agricultura. Una tendencia que se incrementa en los trabajos más recientes. Entre las obras generales más importantes vinculadas con los orígenes de la ganadería en Argentina merecen

destacarse las de Horacio Giberti (1981) y Peter Smith (1986). Mientras que los trabajos más significativos sobre el modelo de agronegocio es necesario mencionar a Lucio Recca (2010), Mabel Manzanal, Guillermo Neiman y Mario Lattuada (2006), Osvaldo Barsky y Jorgen Gelman (2009), Javier Balsa y Silvia Lázaro (2012) y Carla Gras y Valeria Hernández (2016). En estos trabajos es posible identificar un avance de la agricultura sobre la ganadería que pierde importancia desde el punto de vista económico. Sin embargo, desde el punto de vista nutricional y por los valores culturales que involucra en la dieta, sigue teniendo gran significado para dar cuenta de las transformaciones en la calidad de los alimentos a los que tienen acceso los argentinos. La disminución del consumo de carne en la Argentina es parte de las consecuencias que dejaron las políticas neoliberales y de la agriculturización de la región pampeana, que conlleva problemas de sustentabilidad en la producción, de acceso en la distribución y de comensalidad en las formas de consumo.

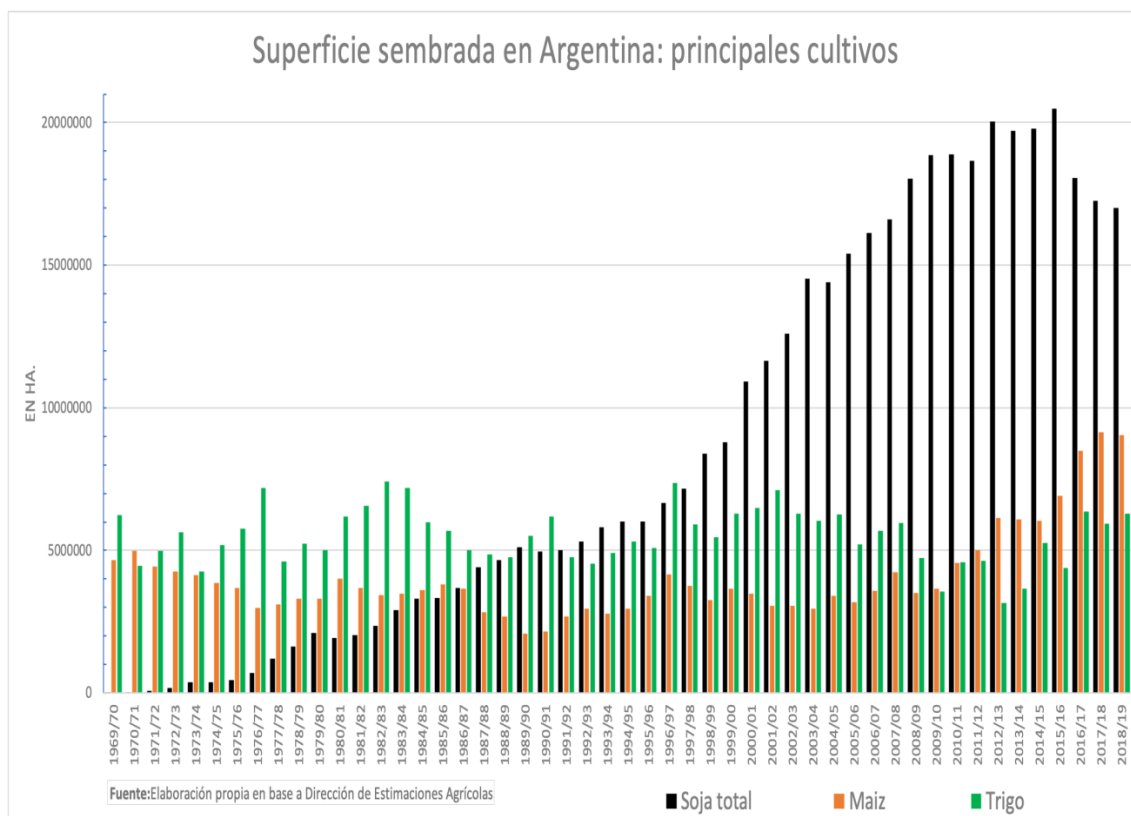
De producir ganado vacuno para aprovechar sólo sus cueros y su grasa, la tecnología va a permitir exportar sus carnes y generar cada vez más subproductos derivados. La importancia de la ganadería -de la mano del frigorífico- a finales del siglo XIX es tal, que se consideraba a la agricultura como un insumo de ésta. En especial por la baja densidad poblacional del país que también demoró la consolidación de un mercado interno hasta finales de la década de 1940. (Rapoport, 2000) Es así como los alquileres trienales terminan con campos alfados como una forma característica de agricultura extensiva cuando los sectores vinculados a la invernada van ganando envergadura.

La fertilidad diferencial de la región pampeana permite una gran articulación de la producción agropecuaria que posibilitaba alternar entre ciclos agrícolas y ganaderos con igual efectividad. Es así cómo se implementa una agricultura extensiva que va a encontrar sus límites a mediados de la década de 1910 cuando no hay más tierras con alta fertilidad que sean plausibles de ser incorporadas a la producción. La transformación de un modelo extensivo a otro de carácter intensivo va a demorar más de 4 décadas en poder implementarse y demandará importantes avances tecnológicos, incluidos los que se conocen como Revolución Verde que incluye un paquete tecnológico de mecanización, fertilizantes y pesticidas, así como la mayor incidencia del capital financiero internacional.

Sin embargo, no todos los productos agrícolas van a crecer con la misma velocidad en la región pampeana. A pesar de no ser los que mayor rendimiento por hectárea, las oleaginosas van a convertirse en el cultivo por excelencia del modelo de

agronegocios. De ser un producto marginal hasta finales de la década de 1970 van a ocupar cada vez más hectáreas desde mediados de la década de 1990. Incremento que se explica a partir de la incorporación de semillas genéticamente modificadas que son resistentes a los pesticidas. Es así como la primera campaña con soja genéticamente modificada (la variedad Round Up Ready de Monsanto) es autorizada en 1996 e inicia un proceso que continúa hasta nuestros días. Su importancia es tal, que aún produciendo más toneladas de maíz que de soja, este último cultivo permite mayores ganancias con menor inversión. Además, tiene la particularidad de poseer la totalidad de la cadena de aminoácidos, y el cuerpo humano los asimila de forma muy parecida a lo que sucede con la carne vacuna.

La gran diferencia de los márgenes brutos de producción de granos y ganadería es un factor clave para entender el avance del monocultivo de soja que lleva a la producción ganadera a regiones extra-pampeanas, donde las condiciones ecológicas para la explotación son menos favorables. El acelerado aumento de los precios internacionales de los commodities agrícolas a mediados de los '90, hace de la producción de oleaginosas uno de los elementos más atractivos del mundo rural y se promueve una resignificación de diversos actores sociales que incluyen a los pooles de siembra, los contratistas y las grandes compañías transnacionales de comercialización de granos y semillas. Ningún producto del mundo rural logra una extensión tan importante y tan acelerada como la soja en Argentina.



En los '90 se observa un importante avance de la agricultura en nuestro país en comparación con las campañas previas. Entre los años 1989/90 y 1993/94, la superficie sembrada con trigo, soja y maíz se mantuvo en un promedio de 12,9 millones de hectáreas. Luego, el área sembrada, iniciaría un continuo crecimiento hasta alcanzar un promedio de 31,5 millones de hectáreas entre las campañas 2013/14 y 2017/18. Sin embargo, hay que destacar que la soja fue una de las grandes responsables de la expansión del área sembrada. Sus menores exigencias productivas y económicas en comparación con los restantes granos, favorecieron su expansión incluso en áreas consideradas como de bajo rendimiento para la actividad agrícola como sucede por ejemplo en Salta y Chaco.

Estos cambios en los usos del territorio muestra cómo la producción de oleaginosas se consolida como el principal cultivo, pero también permite identificar importantes transformaciones en la Disponibilidad de Alimento per cápita (DPC). Un indicador que se incrementó tanto a nivel mundial como en el contexto nacional pero transformaciones significativas en su composición. En el caso argentino, los aportes del complejo de semillas oleaginosas y el maíz pasan de representar el 13% en 1963 al 57% en 2013 (CICPES, 2017: 3). Mientras en 1963 la soja era un cultivo casi inexistente en el país, en 50 años va a presentar el 44% del total de semillas oleaginosas. Como se analizará en el siguiente apartado, estos cambios tienen un

impacto muy importante en la composición de la dieta porque aportan distintas cantidades y calidades de proteínas, grasas y carbohidratos.

En esta coyuntura donde la cadena de la soja se extiende desde el cultivo de oleaginosas a la industria aceitera, la producción ganadera también se ve afectada. Es así como los frigoríficos en la Argentina del siglo XXI comprenden alrededor de 500 plantas industriales de diversas magnitud y una multiplicidad de agentes de comercialización. En el 2005, el valor bruto de la producción de la industria frigorífica fue de unos 14.260 millones de pesos corrientes, que representan alrededor de 4,21% del valor bruto de la producción de la industria manufacturera total y casi el 14,2% del valor total de la producción de la industria de alimentos y bebidas. (IPCVA, 2007, p.16). Cabe destacar que no se trata de un grupo homogéneo porque tiene una importante dispersión en su tamaño y capacidad operativa, que se asienta principalmente en tres provincias: Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

La cadena de producción ganadera incluye una diversidad de actores: proveedores de insumos sanitarios, reproductores, criadores, transportistas, etc. A su vez, hay diferentes especializaciones entre los productores: quienes desarrollan la actividad completa (desde la cría a la invernada) y aquellos que integran circuitos de criadores complementados por uno o más invernadores. En este último grupo es posible diferenciar dos perfiles: 1) quienes terminan el animal a campo y 2) los feedlot que trabajan con hacienda proveniente de remanentes de tambos, sean éstas vacas de conserva o machos holando-argentinos destinados a faena. La actividad ganadera presenta un universo complejo que va desde la integración completa a la posibilidad de múltiples combinatorios entre criadores e invernadores que resultan en costos y productos diferenciados.

Desde el punto de vista de la disponibilidad interna per cápita de carnes (DIPC), el caso argentino es muy significativo. En el país existe una DPIC que representa unos 114kg per cápita, mientras que en el plano mundial solo se registra 42 kg per cápita (CICPES, 2017, p.18). Desde el punto de vista de la composición de los tres tipos de carnes principales (vacuna, pollo y porcina) es posible observar un marcado descenso de la carne vacuna en favor del pollo y un leve ascenso de la carne porcina (CICPES, 2017, p.20). Si el abordaje tiene en cuenta la tasa de crecimiento de la producción mundial de carnes fue de 2,9%, mientras que en la Argentina solo alcanzó al 1,3%. Estos valores por debajo de la media mundial refleja el estancamiento de la producción ganadera argentina durante el período analizado. Mientras que la producción avícola muestra cierto dinamismo, porque mientras que a

nivel mundial a una tasa anual del 4,9%, en el ámbito local lo hizo al 7,9%. (Reca, 2016, p.341)

La producción de carne vacuna en el país se mantiene estable desde la década de 1990 hasta 2018. El aumento del peso promedio de la hacienda y el crecimiento del feed-lot parecieran explicar este incremento de la productividad que permite mantener la cantidad de toneladas pero con muchas menos hectáreas involucradas. A partir de una mejora en la tasa de extracción es posible mantener los niveles de faena, exceptuando algunos períodos de fluctuaciones debido a la retención de hembras a causa de los ciclos ganaderos. Son transformaciones que se producen en un contexto donde los elevados precios de la soja desalientan la retención de hacienda por parte de los productores rurales porque la producción agrícola pareciera tener tasas de retorno de la inversión que son mucho más atractivas.

La soja también juega un rol fundamental como forraje rico en proteína para la alimentación animal y es parte de los cambios tecnológicos que afectan a la producción ganadera desde finales del siglo XX. El crecimiento de engorde a corral (feed-lot), se beneficia de la mayor productividad de la agricultura que abarata los alimentos balanceados. Estos sistemas dan cuenta de una inversión de capital en las unidades que se complementa con nueva maquinaria que facilita el ensilaje de pasto. Son cambios que se implementan en tierras de menor productividad, como resultado de la relocalización ganadera, donde el engorde a corral surgirá como un complemento para mantener la producción en un lugar más pequeño y a su vez mantener una relación positiva en cuanto a los ingresos financieros. Estas prácticas productivas se dan en una coyuntura donde el establecimiento de grandes cadenas comerciales (hipermercados) en la década de los 90, comienzan a demandar calidades uniformes de hacienda en forma continua y se introduce una fuerte capitalización en consecuencia.

El feed-lot es un esquema de producción originado en Estados Unidos que los productores ganaderos argentinos adoptan para reconfigurarlo al contexto local. El feed-lot en nuestro país se caracteriza por operar sobre animales de menor peso (compuesto por novillitos, vaquillonas y terneros/as), tienen en promedio un volumen menor de cabezas y un esquema de intregación del negocio diferente. Se trata de un negocio de rotación de capital, incluyendo una tasa de conversión alimentos/carne, la relación precio de ingreso/egreso de la hacienda y el costo de alimentación. Estos emprendimientos tecnológicos utilizan principalmente maíz y pellets de soja como forraje. Es un circuito orientado hacia el mercado interno, por esta razón se explica

que los establecimientos estén cerca de los centros urbanos con capacidad de compra. Se abastece de terneros provenientes de todo el país pero con preferencia de aquellos de cierta calidad y cercanía. Es un negocio de transformación de granos/pellets en carnes a alta velocidad, permitiendo una gran flexibilidad para responder a los cambios en los precios relativos de insumos productos y/o de producto final/precio del ternero. En solo tres años la cantidad de feed-lot se duplica pasando de 1.196 establecimientos en 2007 a 1.626 en 2008 y para 2009 ya llegan 2.090. (Robert, Santagelo, Albornoz, Dana, 2009, p. 13)

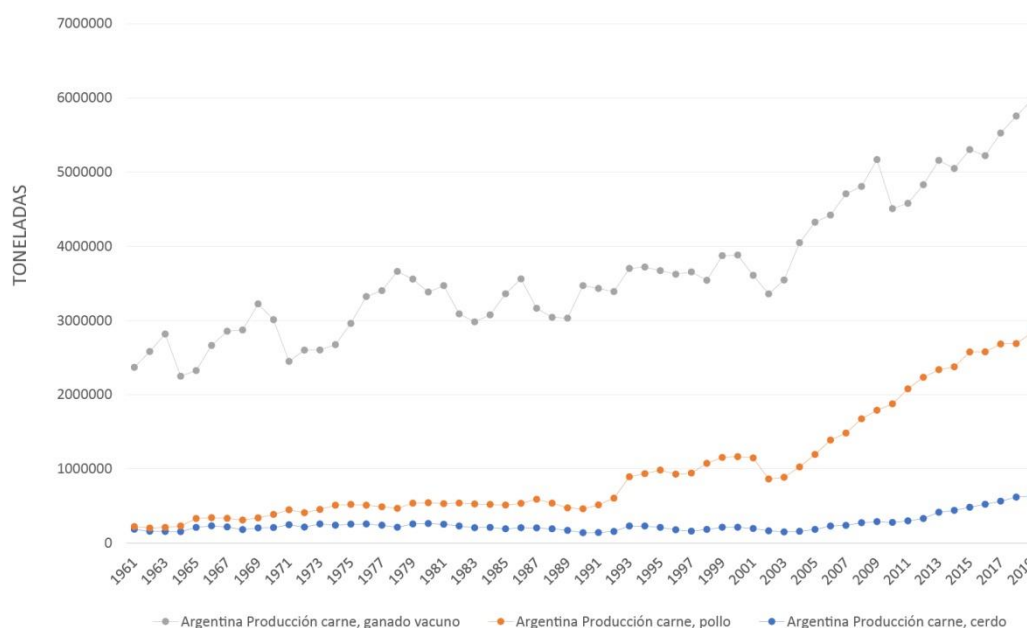
La producción cárnica genera una amplia gama de posibilidades económicas que se reflejan en distintas alternativas para organizar la producción. Los ciclos ganaderos cobran vital importancia ya que la unidad inicial de la actividad es el ganado en pie, que por un lado es tanto un bien de capital (reproductivo) y como de uso (en la producción de carnes y otros subproductos). La propia actividad produce una tensión entre los procesos de retención (capitalización de la actividad) y los de producción de faena, cuyo equilibrio depende de las variables que presente el mercado en el largo plazo. En situaciones normales el rodeo es un bien de cambio, pero en contextos irregulares, como el actual donde existe una restricción de la exportación se da una liquidación de vientres. En el 2021, para sostener el nivel de faena del 2020, se requirió de una liquidación de hembras, provocando la disminución de la disponibilidad hacienda de todas las categorías para faenar. Esta coyuntura se explica por la caída en la cantidad de hembras en el rodeo de los últimos años, como por la sequía que afectó a las principales zonas productoras del país. La evolución de la faena de hembras en el 2021 fue del 45,0% al mes de julio, por encima de lo que es considerado como necesario para sostener el stock. Hay una liquidación de vientres que atenta contra la productividad futura de la industria ganadera argentina. (CICCRA, 2021)

Esta liquidación de vientres para sostener la faena se combina con el incremento del peso promedio de la hacienda faenada. Para el año 2000, el peso promedio en tn res c/hueso/gancho rondaba entorno de los 218 mil toneladas (r/c/h), mientras que para el 2021 llegaría a 227 mil toneladas (r/c/h). El mayor uso del maíz, a precios más accesibles, permitió suplementar la alimentación de los animales y mejorar su terminación. A su vez, el aumento de la importancia de las ventas al exterior (que demandan carne de novillo y de vaca), promueven este incremento en el peso promedio de la res faenada. A pesar de las restricciones a las exportaciones implementadas en 2021, se exportaron 418 miles de toneladas (r/c/h). Es un volumen

que duplica las exportaciones de 2006, cuando se implementaron medidas similares, que permitieron una comercialización de 208 miles de toneladas (r/c/h).

En este contexto comienzan a cobrar fuerza los sustitutos naturales de la carne vacuna para atenuar los efectos de las variaciones cíclicas y el estancamiento de la producción. Uno de ellos va a ser la carne aviar, su explosivo despegue se debe a diferentes factores: la apertura económica que trae aparejada la década de los noventa permitió la incorporación de tecnología que permitió el mejoramiento genéticos de las aves; el aumento de la eficiencia de conversión del alimento en carne que acoto el tiempo estimado del proceso productivo; al igual que en el caso de los feedlot, el gran aumento de productividad del maíz impactó directamente en la avicultura ya que es su componente principal de alimentación; finalmente las mejoras en materia sanitaria evitaron riesgos en el negocio.

Producción de carne vacuna, pollo y cerdo en millones de toneladas



Fuente: elaboración propia en base a datos FAO-STATS

En el 2010 la producción de carne aviar era de 1652 miles de tn, mientras que la producción de carne vacuna era de 2626 miles de tn. En el 2017, la producción avícola llega a las 2115.7 miles de toneladas, mientras que la producción ganadera pareciera estancarse en las 2844 miles de toneladas. La mayor incidencia de la carne aviar en la mesa de los argentinos permite dar cuenta de su creciente participación en el consumo total y que puede explicarse por la evolución de su precio relativo. Son

cambios que van a tener importantes consecuencias para la composición de la dieta argentina, convirtiendo el acceso a nutrientes en un factor de desigualdad social. Es la propuesta que se aborda en el siguiente apartado para entender cómo estos cambios del mundo rural afectan a toda la sociedad argentina.

3.- Una dieta que promueve la desigual social

La alimentación es una necesidad básica que está delimitada por elementos culturales y supuso un factor evolutivo muy significativo.(Wrangham, 2009) Si bien los seres humanos somos omnívoros, no comemos todo lo que es potencialmente comestible. Hay factores económicos, culturales, familiares, geográficos, laborales y productivos que definen nuestro vínculo con los alimentos desde el inicio de los tiempos. En el siglo XX hay un cambio radical en la composición de la dieta como resultado de la producción industrial de alimentos.(Harris, 1989). El carácter omnívoro encuentra en el mercado una oferta que lleva al dilema de ¿qué comer?. La composición de la dieta va a tener consecuencias para la salud humana pero también un fuerte impacto en el medio ambiente por la implementación de productivos de carácter industrial que convierten a los alimentos en un commodity. (Pollan, 2017)

Para el caso argentino es posible identificar en el consumo de carne un componente de la dieta que combina elementos culturales, sociales, productivos y hasta geográficos particulares. La carne vacuna es un gran indicador para estudiar las transformaciones en la mesa de los argentinos, debido a su importancia histórica y productiva en el ámbito nacional. Su importancia deriva tanto de su aporte de proteínas de alto valor biológico como por el rol socio cultural que se le atribuye:

Ciertos alimentos, en todas las culturas, tienen una importancia peculiar, a la vez social e individual. Parecen comportar al mismo tiempo posturas colectivas y psicológicas. Parecen cargados de implicaciones sociales, así como de emociones, de poderosos afectos. Sin ninguna duda, éste es el caso de la carne. (Fischler, 1990, p.114)

A diferencia de otros países latinoamericanos, Argentina se caracterizó por tener un patrón alimentario unificado donde pobres y no-pobres entendían la comida de la misma manera (Aguirre, 2004). Más allá de las diferencias entre grupos sociales hay una calidad nutricional compartida y asegurada que caracteriza a la mesa de los argentinos. No es que todos los actores sociales comieran lo mismo pero las relaciones sociales permitían acceder a nutrientes críticos como parte de la dieta

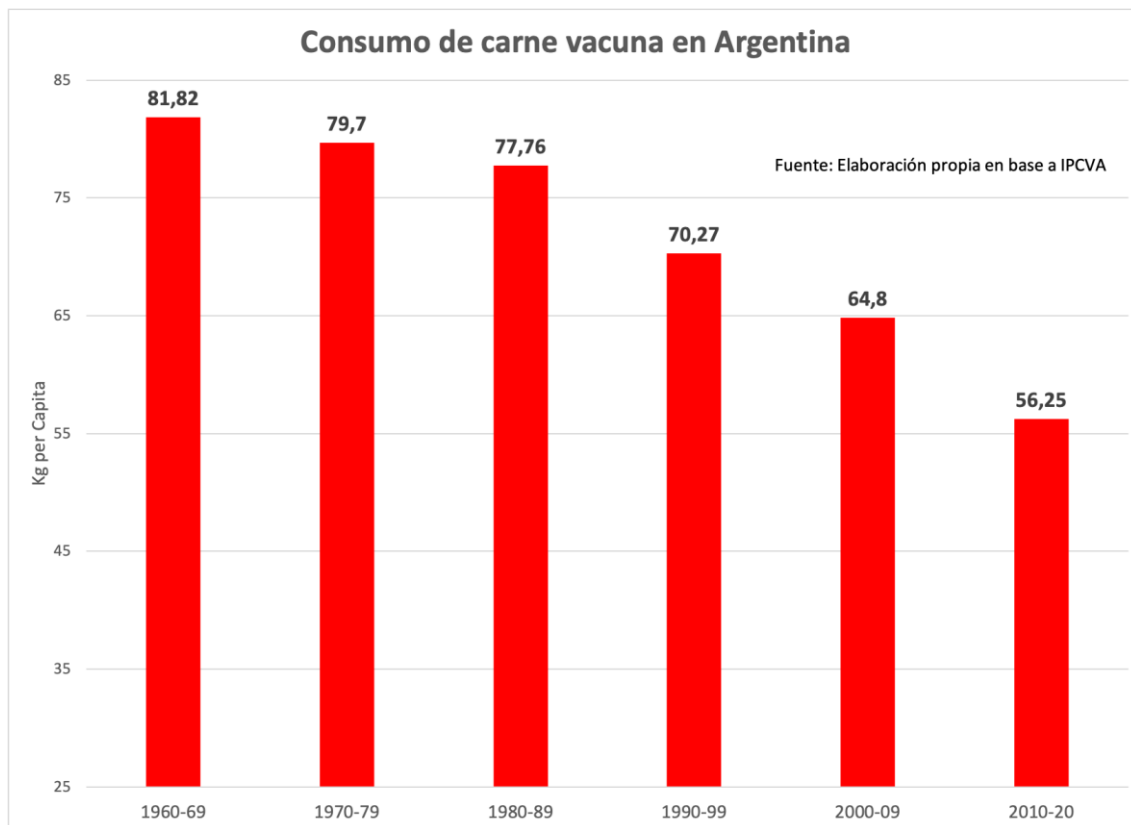
típica. El patrón alimentario unificado es importante ya que señala que una sociedad es más igualitaria a partir de un carácter omnívoro compartido. Es así como los diferentes sectores pueden acceder a una dieta con productos variados y suficientes como para abastecer las necesidades nutricionales de la población en general. En el caso de la carne vacuna una vez faenada, el cuarto delantero era consumido por los sectores de mayores ingresos (que es más barato debido a su contenido graso), mientras que el cuarto trasero era consumido por los sectores de medios y altos ingresos (carne mucho más magra y con menor porcentaje de huesos). Sin embargo, la reducción en su consumo está mostrando un desequilibrio que lleva a la ruptura de este carácter igualitario que caracterizaba a la sociedad argentina hasta las últimas décadas del siglo XX.

El avance del modelo del agronegocio y la implementación de las políticas neoliberales llevan a la ruptura de este patrón alimentario unificado en dos grandes canastas básicas: una propia de los hogares pobres y otra característica de los no-pobres. En los primeros hay más carbohidratos simples provenientes de tubérculos, panificados, grasas y azúcares refinados. Mientras que en los segundos hay más frutas, verduras y alimentos frescos en general. Si bien el siglo XXI se va a caracterizar por una degradación de la calidad nutricional de los alimentos consumidos en todos los actores sociales, estos cambios no afectan a todos los actores por igual. Como dan cuenta Zapata et al. (2019), existe un notable aumento del consumo de embutidos y fiambres, que se combina con la mayor presencia de los panificados en la dieta de los argentinos.

Aún en un contexto de importantes avances en la cantidad de comida que puede obtenerse por hectárea cultivada, se ponen en cuestión tanto la soberanía como la seguridad alimentaria. Se trastocan las reglas que convertían a los alimentos en “buenos para comer” y que pasan a ser “buenos para vender” porque es el marketing de la oferta industrializada la referencia que guía la composición de la dieta (Aguirre, 2004). Quienes experimentan inseguridad alimentaria moderada tienen que tomar decisiones drásticas con respecto a los alimentos que van a obtener, viéndose obligados a reducir su calidad o la cantidad de alimentos que consumen debido a la falta de dinero u otros recursos que permitan el acceso. La implementación ya consignada, de políticas neoliberales y el agronegocio en nuestro país, produjo una coyuntura que abarca tanto problemas de sustentabilidad en la producción, de acceso en la distribución y de comensalidad. Si bien no es el objeto de este trabajo puede afirmarse que es parte del biopoder en donde los usos del espacio van a determinar no sólo la forma de relacionarse sino también los cuerpos de los ciudadanos a partir

del cual es posible vislumbrar esta asimetría en el acceso a nutrientes. (Foucault, 2012)

Según los datos disponibles en el IPCVA el consumo de carne vacuna fue reduciéndose hasta alcanzar en el 2020 en diciembre de 2020 su mínimo histórico: 50,4 kilos anuales per cápita. Tal como muestra el siguiente gráfico:



Las principales causas de la declinación en el consumo per cápita son tres: el cambio de precios relativos entre carne vacuna y productos sustitutos, el agronegocio que commoditiza muchos de los alimentos típicos de la dieta argentina y la ruptura del patrón alimentario unificado donde el salario mínimo vital y móvil cada vez puede comprar menos productos de la canasta básica de alimentos. A su vez, estos alimentos tienen sus nutrientes degradados, por lo que el acceso a kcal no asegura el cumplimiento de las recomendaciones de nutrientes mínimos que formulan los distintos organismos nacionales (Sociedad Argentina de Nutrición, Sociedad Argentina de Pediatría) e internacionales (Organización Mundial de la Salud).

Sin embargo, merece destacarse que aún con esta importante merma en el consumo per cápita de carne vacuna, la ingesta promedio en Argentina supera las recomendaciones de las Guías Alimentarias para la población Argentina (GAPA, 2016) y se encuentra entre las más altas del mundo. Estos consumos elevados tampoco

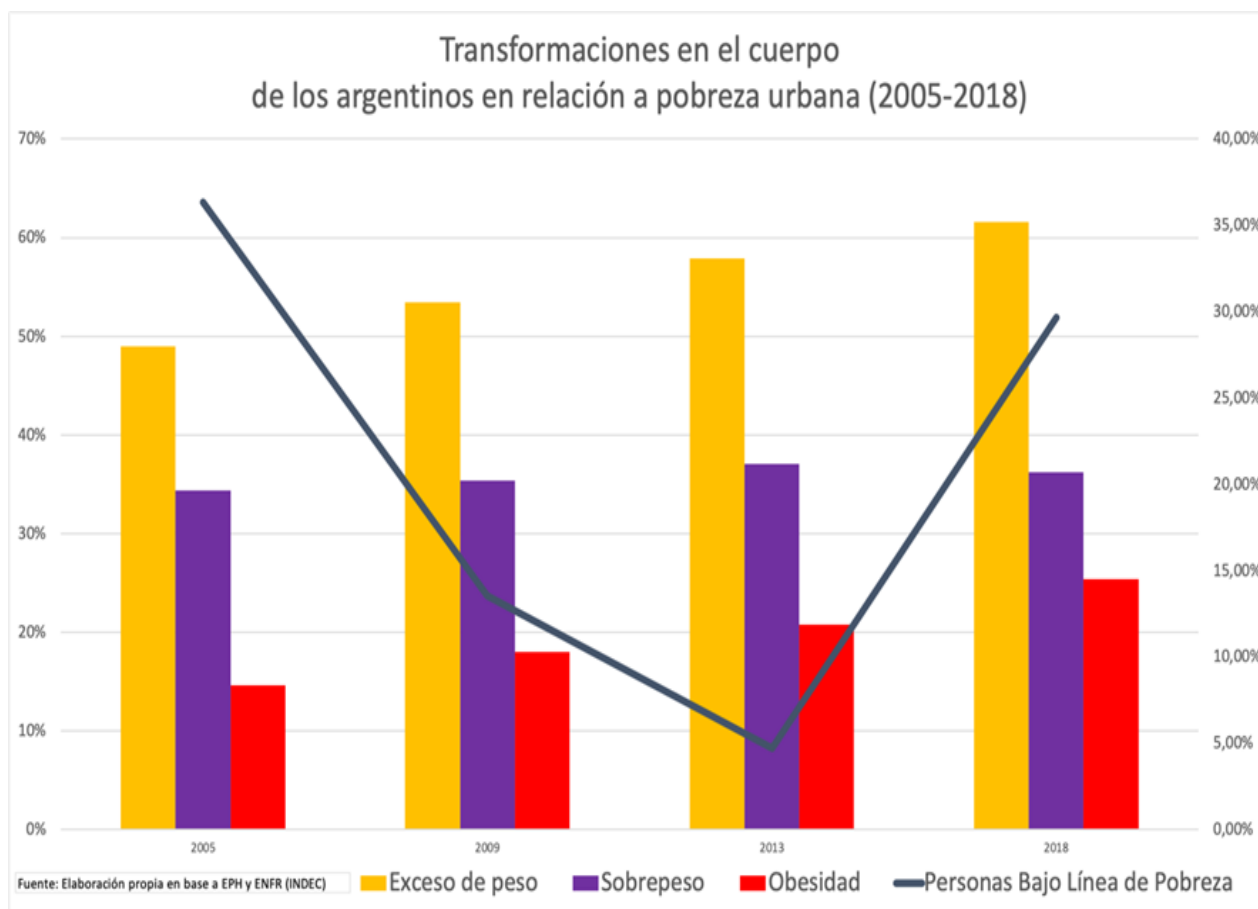
aseguran el acceso a nutrientes básicos ya que las frutas, legumbres y vegetales se reducen de forma significativa. Es así como la primera edición de la Encuesta Nacional de Nutrición y Salud (ENNyS, 2007) destaca que existe un déficit de hierro en los niños menores de 2 años que llega a 34% de los individuos de ese universo, al 30,5% de las mujeres embarazadas y al 19% de las mujeres en edad reproductiva. A partir las Encuestas Nacionales de Gasto de Hogar (ENGHo, 1996, 2004, 2012), es posible identificar el origen de ese hierro y mientras en 1996 la carne y el huevo representaban el 45% de su aporte de hierro, para 2012 va a ceder al 31%. Para ese mismo año los panificados y galletitas van a aportar el 28% para del hierro como resultado de la implementación de la Ley 25630/02 que hace obligatorio el enriquecimiento de las harinas de trigo comercializadas en Argentina. A su vez, este mayor aporte del hierro por parte de los panificados también se fundamenta en su mayor consumo desde la década de 1990.

Los cambios en el consumo de carne incluyen los cortes de carne vacuna. Según los datos disponibles en el Instituto de Promoción de la Carne Vacuna Argentina (IPCVA, 2005), en las últimas décadas hay un mayor consumo de los cortes más económicos que son los que poseen mayor porcentaje de grasa. Una tendencia que se incrementa a medida que se reducen los ingresos del hogar. A pesar de que los niveles productivos se mantienen estables, como fue presentado en el apartado anterior, no está garantizado el mantenimiento de los niveles de consumo diario, ni tampoco su calidad nutricional porque los reemplazos utilizados son menos tienen menor densidad de minerales, grasas saludables y vitaminas.

El consumo de grasas saturadas también muestran un aumento significativo en los quintiles superiores, superando el 10% de las kcal diarias per capita. Esta cuestión no es menor ya que excede las recomendaciones formuladas por la FAO en 2010. Si bien las grasas naturales provienen principalmente de alimentos de origen animal, es posible observar cómo se reduce el porcentaje aportado por las carnes mientras se incrementa el aporte que realizan los panificados y galletitas (ENGHo 1996, 2004, 2012, 2017). A su vez, el aporte porcentual de grasas a partir de quesos es mayor en los hogares de ingresos altos. Como contrapartida, en los hogares de menores ingresos las carnes y huevos tiene mayor importancia porque los cortes consumidos son más grasosos.

En esta coyuntura, hay que considerar la mayor participación que tienen los alimentos ultraprocesados en la dieta de los argentinos por su impacto en el cuerpo de

los consumidores. Se consolida una tendencia donde el exceso de peso y la obesidad se incrementan aún cuando la pobreza se reduce, como muestra el siguiente gráfico:



No es sólo una cuestión de posibilidades económicas, sino que la oferta está condicionada a partir de las transformaciones del mundo rural que impone el modelo de agroempresas. Y este acceso desigual a nutrientes se desarrolla en un país que -como ya se expuso- se muestra como muy eficiente para producir bienes primarios agropecuarios. Es así como en la Argentina desde finales del siglo XX la inseguridad y soberanía alimentaria se consolidan como parte de los problemas sociales relevantes. La FAO (2011) sostiene que la inseguridad alimentaria se puede definir en dos categorías generales: inseguridad alimentaria crónica; inseguridad alimentaria transitoria. Argentina es un país posicionado en la segunda categoría, ya que a pesar de tener la capacidad para satisfacer las kcal que necesita la población, presenta una merma en su calidad nutricional. La inseguridad alimentaria estacional ocurre cuando se da un patrón cíclico de falta de disponibilidad de alimentos y acceso a los alimentos. En nuestro caso, dicha inseguridad, está relacionada con el fuerte avance de las oleaginosas y particularmente la “sojización” de todo el territorio argentino.

A pesar de que Argentina tiene la suficiencia (existencia de alimentos en cantidad y variedad para cubrir las necesidades de la población), la estabilidad (un flujo constante de alimentos en todas las estaciones) y la autonomía (se producen recursos suficientes para la alimentación de toda la población), no es posible garantizar la seguridad alimentaria. En especial porque la sustentabilidad se encuentra en crisis a partir del avance del agronegocio que pone en cuestión el abastecimiento futuro de alimentos. A su vez, la equidad tampoco está garantizada, como lo demuestra el informe de la tarjeta alimentaria elaborado por la UCA (2021). Los hogares con menores recursos económicos son quienes sufren con mayor impacto la agriculturización de la región pampeana que impiden el acceso a nutrientes críticos.

Esta crisis alimentaria deriva en un problema de malnutrición y en una alta incidencia de enfermedades crónicas no transmisibles según se desprende de las Encuesta Nacional de Factores de Riesgo (ENFR, 2019). Es necesario destacar que estas problemáticas no solo afectan a Argentina sino que también la malnutrición en todos sus formas es la principal causa de problemas de salud a nivel global. Así como también, las enfermedades no transmisibles representan una de las mayores amenazas para la salud y el desarrollo humano en todo el mundo, especialmente en los países en vía de desarrollo, por sus consecuencias sanitarias, económicas y sociales. Dichas diferencias nutricionales impactarán en los cuerpos de los ciudadanos argentinos, aunque en mayor medida a los sectores con bajos ingresos, como demuestra las ENNyS (2007, 2009), existe un fuerte vínculo entre la baja de ingresos y la mayor ingesta de productos azucarados. La sociedad argentina se caracteriza por un fuerte aumento de ENFR tales como: diabetes, enfermedades cardiovasculares, distintos tipos de cánceres, enfermedad renal, respiratoria. Pero también diversas formas de malnutrición: aquellas asociadas a carencias nutricionales (anemia, desnutrición) y otras relacionadas con excesos, como el sobrepeso y la obesidad. Estas enfermedades cobran mayor relevancia en el contexto actual atravesado por la pandemia de COVID-19, ya que la diabetes, la hipertensión y las enfermedades cardiovasculares aumentan el riesgo de padecer complicaciones y morir como consecuencia del coronavirus.

En esta coyuntura hay un entorno alimentario que presenta una oferta de alimentos con alta densidad calórica y baja calidad nutricional, caracterizado por su gran contenido de sal, grasas y azúcares. Éstos han reemplazado el consumo de alimentos naturales como frutas, verduras, y granos integrales que aportan fibra, vitaminas y minerales entre otros nutrientes beneficiosos para la salud. Estas modificaciones en los patrones alimentarios constituyen uno de los principales factores

de riesgo para la salud en la sociedad Argentina y un factor de exclusión social. Este desequilibrio nutricional también afectó al consumo de carne vacuna, que no solo se trata de un alimento que aporta proteínas de alto valor biológico (buena calidad nutricional, aportando aminoácidos esenciales que nuestro cuerpo no puede formar), sino que también se trata de un alimento histórico que ha acompañado la mesa de los argentinos durante siglos. La carne aporta, además de proteínas de alto valor biológico, vitaminas (del complejo B y específicamente B12) y minerales (hierro, fósforo y zinc) y también algo de grasa. Las proteínas participan en la formación, mantenimiento y reparación de todos los tejidos del cuerpo (músculo, órganos internos, piel, pelo, uñas). En ese sentido, si fijamos la atención en el consumo de carne vacuna, podremos visualizar cómo esta reducción se encuentra relacionada con una mayor incidencia de malnutrición entre las enfermedades crónicas no transmisibles. Los resultados del desplazamiento de la carne en la dieta tradicional argentina, basado en un alimento fresco y mínimamente procesado, fue desplazada por una dieta basada cada vez más en alimentos ultraprocesados.

La ruptura del patrón unificado trajo como consecuencia un aumento del exceso de peso, sobrepeso y obesidad como factores de desigualdad social. Es de destacar que esto afecta en mayor medida a las personas que se encuentran por debajo de la línea de pobreza. Según las ENNyS (2007 y 2019), en los adultos la obesidad es un 20% mayor en la población de ingresos más bajos, lo cual confirma la asociación de la obesidad a la pobreza. Esta situación impacta en mayor medida en los niños/as donde se estima que el 5,2 % experimentan inseguridad alimentaria y no reciben ningún tipo de asistencia alimentaria directa (2,5 % de estos experimenta inseguridad alimentaria severa, 324.816 personas). Los niños/as pequeños (0 a 4 años) son los más afectados al igual que los adolescentes (13 a 17 años) tal como lo indica el informe de la UCA (2019). El contexto alimentario es obesogénico, caracterizado con una oferta baja de alimentos recomendados y agua segura y con una oferta elevada de alimentos altos en azúcar, grasa y sal y baja calidad nutricional. Siguiendo los análisis de las ENFR, esto se traduce en un índice de masa corporal elevado, el 66,1% de los individuos presenta exceso de peso. Por otra parte derivó en presión arterial elevada, registrando un 40,6% en la población afectada. En el ENFR (2019) se evidenció un aumento significativo de la glucemia o diabetes con respecto a la ENFR (2013) que alcanza a un 12,7% de la población. El 30,7% de los individuos registró colesterol elevado.

Los alimentos saludables se consumen por debajo de la recomendación de las GAPA (2016) y los alimentos no recomendados se consumen muy por encima de la

recomendaciones que contienen estas guías. El consumo de productos cárnicos semielaborados se triplicó en el transcurso de los últimos 20 años, aumentando en un 180% en 2013 con respecto a 1996. Mientras que el consumo de fiambre aumentó en 2013 un 11% con respecto a 1996 segundos se desprende de las ENGHo. El aporte de grasas proveniente de alimentos mínimamente procesados como la carne vacuna e ingredientes culinarios procesados disminuyó en los últimos 20 años, mientras que aumentó el aporte proveniente de alimentos procesados y productos ultraprocesados. Las comidas listas para consumir son el principal aportador de grasas, seguidas por panificados y galletitas, embutidos y fiambres y aderezos. Por otra parte, en cuanto al aporte de grasas saturadas se encuentra en la misma situación, los principales aportadores dentro de los alimentos mínimamente procesados son la carne y la leche, estos fueron reemplazado por la ingesta de productos ultraprocesados.

La composición de la dieta actúa como un indicador de desigualdad social que va más allá de la coyuntura económica. Se consolidan patrones de consumo que no aseguran el acceso a nutrientes críticos por más que se superen los requerimientos energéticos recomendados. Es así como el hambre adquiere nuevas formas donde el exceso de peso -que incluye tanto al sobrepeso como a la obesidad- se convierte en factores de exclusión social porque hay una ingesta insuficiente de nutrientes críticos como muestra la mayor incidencia de la baja talla en la población más pobre. Un abordaje exploratorio de estas cuestiones a partir de la evolución en el consumo de carne en Argentina permite construir un primer indicador para medir la desigualdad nutricional.

Ante esta situación, el desafío es cómo abordar cambios para modificar una coyuntura donde los niños y las niñas entre 0 y 17 años, han disminuido la ingesta alimentaria por problemas económicos en un 30,1% (UCA, 2019). En este contexto, las enfermedades crónicas no transmisibles constituyen una epidemia global y representan la principal causa de muerte prematura y de discapacidad, y causa el 60% de todas las muertes a nivel mundial. En Argentina, son responsables del 73,4% de las muertes, del 52% de los años de vida pérdidas por muerte prematura, y del 76% de los años de vida ajustados por discapacidad. (ENFR, 2019) Analizar las desigualdades nutricionales, tomando como parámetro el consumo de carne, permite dar cuenta de cómo la malnutrición y la reducción del consumo de proteínas de alto valor biológico están conectados. A su vez, debatir estas diferentes cuestiones, permiten pensar qué soluciones productivas pueden implementarse para generar inclusión social, no sólo desde el consumo de alimentos sino también desde su producción.

4. Conclusiones

Los cambios en los usos del territorio que se producen a finales del siglo XX son un factor preponderante para el surgimiento de las nuevas formas de hambre en la Argentina del siglo XXI. La agriculturización de la región pampeana lleva a niveles de productividad por hectárea que superan los rendimientos del “granero del mundo” de finales del siglo XIX y vuelven a colocar al país entre los principales productores de materias primas agrícolas. Sin embargo, esta gran capacidad para generar kcal incrementa la exclusión social porque rompe los vínculos sociales que estaban presente en la dieta argentina.

La sojización de la región pampeana -que se extenderá a gran parte del país- tiene un impacto muy profundo en la disponibilidad de alimentos de el país, más allá de que la disponibilidad de kcal per capita diarias supere la media mundial. Es una coyuntura donde el acceso económico y físico a los alimentos no será garantizado y los alimentos saludables son los que encabezan los incrementos de precios desde, al menos, dos décadas. El avance de la agricultura sobre zonas dedicadas a la ganadería, son parte de esta coyuntura. Es así como, las kcal que aportaban las proteínas de alto valor biológico comienzan a ser reemplazadas por alimentos ultraprocesados ante el estancamiento sectorial del modelo ganadero. Aún cuando el sistema de feet-lot trae aires frescos, respondiendo a la demanda del mercado interno, no es suficiente como para garantizar el acceso a la población. El cierre de las exportaciones por parte del gobierno de turno para bajar el precio de la carne vacuna en el mercado interno termina generando nuevos problemas. Un precio alto, ante la liquidación de vientres hace peligrar la productividad futura de la carne vacuna. En consecuencia, el sistema ganadero intenta mantener la provisión de carne aumentando el peso del ganado como dan cuenta las estadísticas de los últimos años.

El lugar central que tiene la carne vacuna en la dieta argentina se fundamenta tanto en cuestiones productivas como nutricionales que conllevan la consolidación de prácticas culturales y delinean un conjunto de identidades sociales. Hay un fuerte vínculo entre la merma en el consumo de carne y la mayor incidencia de los alimentos ultraprocesados en la dieta argentina. Ambos tienen calidades nutricionales distintas pero también cumplen funciones diferentes en la mesa de los argentinos. Una coyuntura que se agrava porque también los cortes de carne vacuna que tienen mayor popularidad incrementan su cantidad de grasa. Es así como el acceso diferencial a nutrientes se convierte en el núcleo de un conjunto de transformaciones que caracterizan a la sociedad argentina desde finales del siglo XX.

El país, es parte de una tendencia mundial que se viene gestando desde los años 70, pero que se acelera en la década de 1990, donde las condiciones y los estilos de vida fueron cambiando a nivel global. La apertura a los mercados internacionales impulsó en Argentina modificaciones en la dieta que conllevan una mayor presencia de los alimentos envasados y procesados fuera del hogar con escaso valor nutricional, alto contenido energético y un incremento de las kcal que provienen de bebidas endulzadas con azúcar. Es un contexto donde la desnutrición convive con la obesidad y el acortamiento en la talla que reflejan la carencia de nutrientes. Son importantes los estudios críticos que aborden la nutrición de la población como una cuestión problemática que debe desnaturalizarse para así promover políticas públicas de acuerdo a las recomendaciones contenidas en la GAPA.

Es posible afirmar la existencia de un vínculo entre la mayor incidencia de malnutrición en las enfermedades crónicas no transmisibles y el menor consumo de carne vacuna en Argentina. Es uno de los elementos más destacados dentro de la ruptura del patrón alimentario unificado que refleja un cambio significativo en los vínculos sociales que conforman la dieta. Al punto que hay serios cuestionamientos en la concepción de cómo se entiende que debe ser una "buena comida" en Argentina. Más allá de las tendencias a nivel mundial que promueven un menor consumo de carne vacuna, el caso argentino presenta ciertas particularidades por los distintos roles que tiene su consumo. No son sólo cambios productivos que se inician en los usos del territorio sino que hay una ruptura cultural que redefine identidades al momento de sentarse a la mesa. Son elementos claves que deben tener en cuenta las políticas públicas vinculadas con el acceso a los alimentos, para que las transformaciones en la dieta puedan promover la inclusión social.

Glosario:

CICPES: Centro de Investigación en Ciencias Políticas Económicas y Sociales.

DIPC: Disponibilidad Interna Per Cápita de Carnes.

DPC: Disponibilidad de Alimento Per Cápita.

ENFR: Encuesta Nacional de Factores de Riesgo.

ENGHo: Encuestas Nacionales de Gasto de Hogar.

ENNyS: Encuesta Nacional de Nutrición y Salud.

FAO: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación.

GAPA: Guías Alimentarias para la Población Argentina.

IPCVA: Instituto de Promoción de la Carne Vacuna Argentina.

NOVA: Sistema de clasificación de alimentos

OMS: Organización Mundial de la Salud.

SAN: Sociedad Argentina de Nutrición.

UCA: Universidad Católica Argentina.

Fuentes:

CICCRA. (2021). Informe económico mensual. Buenos Aires, cámara de la industria y comercio de carnes y derivados de la Republica Argentina. Documento N° 246-Julio.

ENFR. (2013). Tercera encuesta nacional de factores de riesgo para enfermedades no transmisibles. Buenos Aires, Instituto Nacional de Estadística y censos (INDEC) Ministerio de Salud.

ENFR. (2019). 4° Encuesta Nacional de Factores de Riesgo. Resultados preliminares. Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC)- secretaría de Gobierno de Salud. En : <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-4-32-68>

ENGHo. (1996). Encuesta nacional de gastos de hogares 1996-1997. Base de datos de gastos de consumo e ingresos. Instituto nacional de estadística y censos.

Dirección de Estudios de ingresos y gastos de los hogares. República Argentina. Disponible en:

<https://www.indec.gob.ar/indec/web/Institucional-Indec-BasesDeDatos-4>

ENGHo. (2004). Encuesta nacional de gastos de hogares 2004-2005. Base de datos de gastos de consumo e ingresos. Instituto nacional de estadística y censos. Dirección de Estudios de ingresos y gastos de los hogares. República Argentina. Disponible en:

<https://www.indec.gob.ar/indec/web/Institucional-Indec-BasesDeDatos-4>

ENGHo. (2012). Encuesta nacional de gastos de hogares 2012-2013. Base de datos de gastos de consumo e ingresos. Instituto nacional de estadística y censos. Dirección de Estudios de ingresos y gastos de los hogares. República Argentina. Disponible en:

<https://www.indec.gob.ar/indec/web/Institucional-Indec-BasesDeDatos-4>

ENGHo. (2017). Encuesta nacional de gastos de hogares 2017-2018. Base de datos de gastos de consumo e ingresos. Instituto nacional de estadística y censos. Dirección de Estudios de ingresos y gastos de los hogares. República Argentina. Disponible en:

<https://www.indec.gob.ar/indec/web/Institucional-Indec-BasesDeDatos-4>

ENNyS. (2007). Encuesta nacional de nutrición y salud. Documentos de resultados. Ministerio de salud. Presidencia de la nación.

ENNyS 2. (2019). 2º Encuesta Nacional de Nutrición y Salud. ENNyS2. Resumen Ejecutivo. Ministerio de Salud y Desarrollo Social. Presidencia de la Nación. Secretaría de Gobierno de salud. Disponible en

http://www.msal.gob.ar/images/stories/bes/graficos/0000001565cnt-ennys2_resumen-ejecutivo-2019.pdf

IPCVA. (2005). El consumo de carne vacuna en la Argentina. Buenos Aires, TNS Gallup-IPCVA.

IPCVA. (2006). Lineamientos para la formulación de escenarios del mercado de carne vacuna en la Argentina. Buenos Aires, Convenio UCA-IPCVA.

IPCVA. (2007). Mecanismos de formación de precios en los principales subcircuitos de la cadena de ganados y carnes vacunas en la Argentina. Buenos Aires, CEPAL-IPCVA.

Ministerio de Salud. (2016). Guías alimentarias para la población Argentina. Buenos Aires, Ministerio de Salud de la Nación.

Zapata, M; Rovirosa, A; Carmuega, E. (2016). La mesa Argentina en las últimas dos décadas: cambios en el patrón de consumo de alimentos y nutrientes (1996-2013). CABA: CESNI.

Referencias bibliográficas:

Aguirre, P. (2004). Ricos flacos y gordos pobres. La alimentación en crisis. Buenos Aires: Claves para Todos, Capital Intelectual.

Balsa, J. y Lázaro, S. (2012). Agro y política en Argentina. T. I. El modelo agrario en cuestión, 1930-1943. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.

Barsky, Osvaldo y Gelman. (2012). Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta comienzos del siglo XXI. Buenos Aires: Sudamericana, Buenos Aires.

Basualdo, M; Arceo, N. (2006). Evolución y situación actual del ciclo ganadero en la Argentina. Buenos Aires: Realidad económica 221.

Díaz, D; Goldberg, A; Rosa, F. (2017). Dimensiones de la seguridad alimentaria en el nuevo escenario global: ¿el mito del plato vacío?. Evolución de la disponibilidad de alimento per cápita en Argentina y en el mundo entre 1963 y 2013. Buenos Aires: Documentos de trabajo del CICPES. Inst. de Estudios Sociales N°13/2017.

FAO. (2011). La seguridad alimentaria: información para la toma de decisiones. Publicado por el Programa CE-FAO.

Fischler, C. (1995). El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo. Barcelona: Editorial Anagrama.

Foucault, M. (2012). Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collage de France (1978-1979). Buenos Aires: FCE.

Gras, C, y Hernández, V. (2016). Radiografía del nuevo campo argentino. Del terrateniente al empresario transnacional. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Giberti, H. (1981). Historia económica de la ganadería argentina. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Harris, M. (1999). Bueno para comer. Enigmas de alimentación y cultura. Madrid: Alianza Editorial.
- Manzanal, M.; Neiman, G, y Lattuada, M. (comp). (2006). Desarrollo rural. Organizaciones, instituciones y territorios. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Pollan, M. (2016). El dilema omnívoro. En busca de la alimentación perfecta. España: Editorial Debate.
- Popkin, B y Corvalan, C. (2019). Dynamics of the double burden of malnutrition and the changing nutrition reality. The Lancet, 15 de diciembre, pp.1-39
[https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(19\)32497-3](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(19)32497-3)
- Rapoport, M. (2000). Historia económica política y social de la Argentina 1880-2000. Buenos Aires: Ediciones Macchi.
- Reca, L.G., Lema, D. y Flood, C. (editores). El crecimiento de la agricultura argentina. Medio siglo de logros y desafíos. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires
- Robert, S.; Santangelo, F.; Albornoz, I y Dana, G. (2009). Estructura de feedlot en Argentina. Nivel de asociación entre la producción bovina a corral y los titulares de faena. Buenos Aires.
- Smith, P. (1986) Carne y política en la Argentina. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Tuñón, I. (2019). Infancias e inseguridad alimentaria. Un fenómeno que se exacerba en el contexto de la crisis y pese a una mayor protección social. Observatorio de la deuda social Argentina, encuesta de la deuda social serie agenda para la equidad. Buenos Aires: UCA.
- Wrangham, R. (2009). Catching Fire. How cooking made us human. New York: Basic Books